

PURA INUTILIDAD

A leer hace unas semanas la noticia del accidente ferroviario ocurrido en Londres, en las proximidades de la estación de Paddington, del que se ha sucedido un fatal balance de muertos, heridos y desaparecidos, me llamó la atención el testimonio de una superviviente que milagrosamente había logrado escapar del amasijo de hierros de su vagón por una ventana rota. Una vez a salvo, se acordó de que había dejado en el tren el único manuscrito de su próxima novela, por lo que se acercó a un policía para pedirle que le ayudara a recuperar el texto, obteniendo la siguiente respuesta: «Es una cuestión de muy baja prioridad, señora». Y el texto no se salvó.

En alguna ocasión, he pensado en ese original definitivamente perdido y he fabulado acerca de su historia y de sus personajes ya para siempre fantasmales. Pero, sobre todo, lo que ha venido a mi mente es el fugaz recuerdo de esa mujer salvada que nada más salir del caos se sintió amparada —así lo decía— por un perfecto y bello cielo azul, procediendo a reordenar la escala de sus valores, pues reconoció al instante que el policía «tenía absolutamente toda la razón». Tenía toda la razón, en efecto, pues nada vale más que una vida humana y, en esa situación, nada vale menos que la literatura, de cuya baja prioridad y radical inutilidad caben pocas dudas. Ya lo dejó escrito el joven Unamuno al indagar en lo humano originario más allá de toda apariencia y gestualismo externo y criticar que se prefiriera comúnmente el arte, que para él es apariencia, «cuando la vida más oscura y humilde vale infinitamente más que la grande obra de arte».

Ahora bien, la obvia inutilidad de la literatura frente al humeante y dantesco paisaje de Paddington, no debe hacernos olvidar otros aspectos del, por paradójico que nos parezca, incuantificable valor de esa radical inutilidad, salvada por supuesto toda urgencia y puesto en su sitio ese perfecto y bello cielo azul. Me refiero a que la literatura al igual que otras prácticas artísticas, cuya existencia se hace inviable si no están las necesidades primarias cubiertas y no existe cierto grado de complejidad social, constituye una aristada práctica de cultura que cumple muy diversas funciones. Para hacerse una idea por vía negativa y señalar en una función de mi momentáneo interés, piense por un momento el lector en el mundo que le rodea y elimine de él toda manifestación artística. Haga el esfuerzo de borrar de su horizonte la música, por ejemplo, o intente imaginar que todo texto escrito que pueda caer en sus manos no es más que letra utilitaria, pura denotación verbal, mero doblez explicativo sin la más mínima sombra de ficción... Pues bien, si mediante este fugaz acto ficcional, ha imaginado convenientemente, podrá calcular el alto

valor de esa pura inutilidad que es la literatura y sabrá comprender por un momento la ansiedad inicial de esa novelista inglesa, cuyo nombre omitía el periódico, por recuperar un original en el que habría puesto con toda seguridad lo mejor de su inteligencia creadora y toda su verdad vital al servicio de una pura ficción literaria, una larga y continuada mentira verbal con la que decir otra clase de verdad, una verdad desafiante que fortalece por momentos el frágil cristal de nuestra existencia y quiebra la implacable certeza de nuestra finitud.

Si rompemos con una idea simplista de la vida y levantamos un palmo del suelo de la subsistencia y del biologicismo al ser humano, podrá comprenderse más cabalmente lo que quiero decir cuando califico de pura inutilidad la literatura, usando especularmente el título de un reciente libro de Antonio Muñoz Molina, *Pura alegría*. En este sentido, el azar ha querido que tuviera sobre mi mesa de trabajo, un bien escrito libro en el que su autor da una suerte de razón narrativa de su quehacer literario y del de otros escritores de su preferencia, un libro en el que proclama su largo amor por la literatura y la pura alegría de la creación, un libro, finalmente, en el que se da cuenta de alguna de las funciones de la ficción narrativa, señalando que la misma cumple «la tarea de explicar el orden del mundo y de ayudarnos a encontrar en él nuestra propia posición: y la cumple mediante el juego y el sueño, un juego en el que nos jugamos la vida, un sueño que nos provee de una lucidez que necesitamos al despertar». Así pues, dejado de lado todo monumentalismo literario y sus peores ecos academicistas y escolares, nos aprovisionaremos de unos cuantos libros de poesía y de unas pocas novelas, con los que formular preguntas y hallar respuestas sobre, como bien dice Ayala, la condición de la vida humana y el sentido de la existencia, con los que pasar el tiempo sin tiempo de los dioses, con los que imaginar mundos, (co)crearlos, tocarlos con la mirada y deletrearlos en voz muy baja acompañados por el leve y monótono chasquido del paso de las páginas, mientras una emoción secreta nos embarga, haciéndonos sonreír o llorar, hablar o callar: pura inutilidad hondamente útil.

Por eso, cuando leí la noticia objeto de mi comentario, me alegré tanto por el hecho de que la desconocida escritora salvara su vida como me quedé pensando en esas decenas de hojas esparcidas por el vagón. No lo pude evitar, porque la literatura, aparte de ser una mercancía en toda regla y cumplir funciones cognitivas y reflexivas, producir y reproducir valores ideológicos, etc. es el resultado de una superior facultad —mediada, cómo no— de los hombres: la de la creación. Pura alegría. Pura inutilidad.